

POLÍTICA Y DIGNIDAD. EL EPISODIO DE LAS HORCAS CAUDINAS EN TITO LIVIO

Antonio Hermosa Andújar

(Universidad de Sevilla)

*Para Raylane,
que también fue digna cuando llegó el invierno*

τὸ εὐδαιμον τὸ ἐλεύθερον, τὸ δ' ἐλεύθερον τὸ εὐψυχον κρίναντες

(Tucídides)

En el presente trabajo analizamos los hechos acaecidos en las Horcas Caudinas según el relato transmitido por Tito Livio, con el propósito de extraer las lecciones éticas y políticas derivadas de ellos. Y concluimos que la supervivencia de Roma se debió a la generación espontánea, ad hoc, de un valor ético que expresaba una nueva forma de patriotismo, así como al hecho de contraer un compromiso en el que la política se sirve de la astucia a la hora de hacer valer el derecho, y que se vio favorecido por la convulsión de los hechos. El resultado fue que Roma, sin olvidar ya la humillación sufrida, pudo recuperar la dignidad y con ella la libertad en su política exterior.

Palabras clave: *dignidad, humillación, libertad, derecho, política, patriotismo, Roma, Horcas Caudinas, Tito Livio*

1. Prólogo: tribulaciones de la política

¿Cuál es el precio de la dignidad? ¿Y su valor? Son preguntas que carecen de una respuesta única porque la dignidad dista de poseer un significado unívoco; pero las respuestas, pese a ser subjetivas y parciales, tienden a una cierta homogeneidad, porque su aprecio suele ser alto. Ocupa un lugar importante en los discursos morales, donde suele deambular entre la gravedad y el heroísmo, y es al girar en torno a este último planeta cuando adquiere sus acentos más dramáticos. Allí suele envolverse en banderas patrióticas, en gestas o sacrificios personales, grupales o colectivos, que no raramente tienen un final feliz, y entonces lucir al son artificioso aunque festivo de oropeles, lujos, insignias, laureles y demás fastos. Como, por ejemplo, los que formaban el cortejo de los triunfos en Roma.

En ocasiones, empero, y también mientras gira en la órbita del heroísmo, la dignidad caía herida por la tragedia, tanto más feroz cuanto más inesperada e indeseada. La raza humana se encuentra de pronto salvajemente hundida en los infiernos, lejana y desconocida a sí misma, acosada por dudas que adquieren la aureola de los enigmas y

atrapada por obstáculos que devienen naturaleza. ¿Cuándo se odia al inocente y cuándo aun así la compasión prevalece sobre el odio? ¿Cuándo el dolor ajeno se eleva sobre el orgullo propio en el mismo corazón? Quizá quepa responder: cuando la melancolía de la muerte constituye un tormento para la propia vida. Pero, en tal caso, deberíamos formularnos otra pregunta: ¿y por qué llega a ocurrir algo así, por qué el instinto llega a constituirse en afrenta para el sufrimiento?

Las legiones romanas desfilando humilladas bajo las horcas caudinas proporcionan, creemos, respuestas a preguntas que para cualquier superviviente entrañan el fin de toda inocencia.

2. Dignidad y guerra

Tras violar la tregua arrancada a los romanos, los samnitas caen derrotados en la guerra subsiguiente y deciden, a fin de atraerse nuevamente el favor de los dioses, expiar sus culpas. Mandan para ello una legación a Roma, que sólo aceptará una parte mínima de su propuesta. Dicha negativa de perdón y la puerta entreabierta a la guerra que deja son valoradas por el jefe samnita Gayo Poncio en un renombrado discurso, coincidente en algunos puntos con otro igualmente memorable que Tácito atribuyera a Calgaco, el jefe de los caledonios, antes de caer derrotado frente a Agrícola¹.

Poncio no cree que el pueblo samnita, trámite sus representantes, haya vuelto de vacío de Roma. El fracaso de la legación en su intento de obtener el perdón romano muestra su poder al revelar el nivel de arrogancia de Roma, la infame soberbia que rechaza la expiación de un pueblo que le presentó el cadáver del responsable de la violación del tratado, y junto a él devolvió con vida a los prisioneros y más bienes de los que se apropió como signos claros de su arrepentimiento y de su esfuerzo por congraciarse con los dioses de nuevo.

El fracaso da una ulterior muestra de su poder al reflejar la incapacidad de Roma para hacer justicia. Rechazando la mayoría de las ofrendas de la expiación, las mismas que, según Poncio, los dioses sí han aceptado, Roma hace gala al mismo tiempo de impiedad frente a éstos y de altanería frente a los hombres, esto es, de ser ya víctima de su propia potencia. El lugar que la justicia debería ocupar en sus instituciones es un trono vacío que legitima al débil para solicitar el auxilio de la divinidad frente al poderoso², y como la sola manera de manifestar su predilección es el campo de batalla, donde tocará con su dedo el estandarte del bando vencedor, Poncio se ve legitimado para reemprender la guerra.

Legitimidad reforzada con la tercera revelación sacada a la luz desde la cripta donde Roma encierra su alma por el poder del fracaso en el intento de expiación. La soberbia tiene otra cara más lúgubre y sombría, la de la «crueldad». Es ella la que a fin de cuentas impide aflorar la justicia, pues los romanos sólo quedarían saciados si se añadieran a las ofrendas votivas antedichas «nuestra sangre para que la beban y nuestras entrañas para que las desgaren»³. En un pueblo *canibal*, por desarrollado que esté, por poderoso que sea, no cabe la civilización de la justicia, sólo alcanza a entender el idioma de las armas. En la escena internacional cancelan de antemano la existencia del juez imparcial con autoridad para fallar en un caso que les concierna, según indicara Poncio con su retórica

¹ Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, libro IX; Tácito, *Agrícola*, pars. 30-32.

² «¿Qué persona voy a proponer como juez de tus iras y mi castigo?», interroga retóricamente Poncio (IX, 1, 7) (*quem tibi tuarum irarum, quem meorum suppliciorum iudicem feram?*)

³ 1, 9.

interrogación, y ante ellos, por tanto, el débil que busque la justicia tendrá que ganársela en el campo de batalla.

Así pues, la legación enviada por los samnitas a Roma no venía de vacío. El fracaso de la empresa demostraba su poder inesperado propalando el secreto de Roma, esto es, cómo *es* realmente y qué quiere *ahora*, la altiva crueldad que define naturalmente a los romanos y la vengativa guerra que pronto definirá el presente episodio. Es la lúcida consecuencia producida por su negativa a perdonar al arrepentido, por su boicot a la expiación. La lección aprendida por Poncio al presente se resume en una sentencia que su presencia en *El Príncipe* de Maquiavelo ha divulgado lo suficiente como para volverla celeberrima: «La guerra, samnitas, es justa cuando es una necesidad, y las armas legítimas para aquellos a los que no se les deja más esperanza que las armas»⁴. Nada menos, por tanto, que la primera gran justificación moral de la guerra en la historia de Occidente. Poncio, que se dispone a librarla, gozaría sin duda del apoyo de Maquiavelo⁵ por su actitud, dado que sus opciones se limitaban o a emprenderla él o a esperarla de Roma: pura cuestión de tiempo. Sus expectativas, sin embargo, no deberían variar, pues tratándose de una guerra *justa* ya se sabe de qué lado se decantarán los dioses... Quizá fuera aún iluso lo bastante para ignorar que la fe es tan poco inocente⁶ como ciega, por lo que airearla da lugar a sofisticadas esperanzas, pero impide verificar hasta qué punto los dioses están amaestrados por el interés.

3. *El frenesí de la impotencia*

A Poncio los dioses le sonríen, y mucho antes de lo imaginado; no había empezado la batalla y ya podían los suyos cantar victoria: el cebo para atraer a los ejércitos romanos hasta las Horcas Caudinas y allí cerrarles el paso dejándolos inmovilizados funciona perfectamente. No entretendremos al lector con los detalles de la trampa, pero sí con el de las reacciones de las partes; en esta sección daremos cuenta del comportamiento romano, dejando para la siguiente el de los samnitas.

Poco más de página y media le basta a Tito Livio para demostrar que es tan excelente psicólogo como historiador. Es lo que necesita para describirnos los estados de ánimo sucesivos por los que pasan los miembros de esa colosal máquina de guerra llamada legión romana. La zozobra de mentes y corazones sincronizados inicia con la parálisis del estupor. Los componentes de la máquina, los mismos que en su marcha imparable estaban completando su dominio sobre la península itálica, se ven ahora literalmente atrapados por la naturaleza y a merced de los enemigos. Literalmente, insistimos, pueden perecer allí, y Roma con ellos. La incredulidad ante el hecho les deja atónitos, inmóviles, indefensos. Livio dice: «Inmediatamente [después de constatar que los pasos de los desfilareros se hallan cerrados y el enemigo asoma en lo alto] detienen la marcha *sin que*

⁴ IX, 1, 10 (*Iustum est bellum, Samnites, quibus necessarium, et pia arma, quibus nulla nisi in armis relinquitur spes*).

⁵ Los romanos sabían que «la guerra no se evita, sino que se difiere para ventaja de los demás», *El Príncipe* (en “Maquiavelo”, Madrid, Gredos, 2006, pp. 10-11).

⁶ En este punto Poncio aún podría presumir de inocente en otro sentido: el de condicionado por las circunstancias a no conocer más salida que la de la guerra. Cuando ésta se inicie y el azar le depare elegir, añadirá la opción que implica venganza en contra de las dos soluciones propuestas por su padre, que sí había pensado la política en función de las consecuencias. Y la venganza hará ver que la guerra habría sido también su opción aun en ausencia de las circunstancias.

nadie se lo ordene»⁷. Todos reaccionan al unísono, como un único individuo, y de la misma manera. Y todos siguen reaccionando igual, como si ante el abismo del peligro la infinita gama de las variaciones humanas se volatilizara y una misma raíz acaparase lo humano; una repentina desconfianza hacia sí mismos los lleva a confiar en los demás más que en ellos, como si el instinto de supervivencia de cada uno se negara a capitular ante la improvisada derrota de la autoestima personal y buscara refugio en lo que aún cree fuerza colectiva. El desencanto se palpa sin embargo mirando en derredor al percibir lo infundado de su creencia, y la consecuencia salta al paso: «se quedan largo tiempo inmóviles y silenciosos»⁸.

Como nadie permanece congelado de estupor mucho tiempo al cabo les torna la sangre, y el movimiento empieza a tomar la dirección de las inercias, aunque en algún caso el recorrido se salga de los trayectos aprendidos, empezando a recorrer sin percibirlo el camino que conduce desde el estupor hasta el abatimiento. El primer paso lo da la mayoría –el «todos» se ha disgregado, por tanto– al observar a algunos de ellos llevar a cabo el acto rutinario de montar el campamento, que se acompaña de amargas chanzas, dado que se trataba de un «trabajo... realizado cuando todo estaba perdido», de un esfuerzo baldío imperativamente determinado por la impotencia. Una nueva sorpresa sigue a las mofas, y una ulterior reunificación del *todos* recién disgregado, ya que en plena desesperanza colectiva cada uno, para «no añadir culpa a la desgracia (*ne culpam malis adderent*)», sumaba su grano de arena al aquelarre de irracionalidad que era el participar en una tarea baldía. Es así como todos se entregan a labores de fortificación del campamento. Un paso más en la carrera hacia la desesperación se añade cuando las tropas acuden en búsqueda de los ya «abatidos cónsules» a la espera de señales de su autoridad, de órdenes que les saquen de una situación desesperada como si aquellos, perdida su condición humana y vueltos dioses de pronto, pudieran cambiar el destino, una deidad superior a las demás, como pronto se reconocerá⁹.

El abatimiento poco más puede dar de sí una vez que la sinrazón ha contagiado a la cordura. Es su pérdida, en efecto, lo que se advierte en las actitudes de quienes, desesperados por no encontrar salida, creen hallar una invocando el mantra de ciertas heroicidades pasadas, cuando el poder de las legiones parecía desafiar el de la propia naturaleza. Algunas voces cargadas de realismo les recuerdan que la situación actual es otra y en absoluto reversible, si no es con la complacencia del enemigo, añadamos, lo que finalmente tendrá lugar, según veremos, así como su indeleble precio. En la actual situación, concluyamos, ya no importan ni las armas ni la condición de cada cuál: la impotencia ha unificado a todos igualándolos como si fueran nada. Por ello, al oír a esa voz realista decir además que «con armas o sin ellas, valientes o cobardes, todos por igual estamos atrapados y vencidos»¹⁰, sabemos que los medios de la acción yacen exangües

⁷ Y prosigue: «el estupor paraliza los ánimos de todos y una especie de embotamiento extraño agarrota sus miembros» (2, 10). Las cursivas son nuestras (*Sistunt inde gradum sine ullius imperio stuporque omnium animos ac uelut torpor quidam insolitus membra tenet*).

⁸ 2, 11 (*diu immobiles silent*).

⁹ 4, 16. Emociona con todo comprobar cómo instalado ya en el abismo el ser humano puede mantener trazas de solidaridad básica con sus semejantes, y decidirse por acciones sin sentido antes que conservar una lucidez culpable rebajando con ella a los demás, como habían hecho momentos antes con sus mofas; y emociona igualmente asistir a la representación de una legitimidad basada en la *auctoritas* en lugar de en la *potentia*, y que los subordinados esperen lo inesperable de sus jefes simplemente porque lo son, cuando ya nada esperan de sí mismos.

¹⁰ Damos completo este párrafo memorable: «Mientras estas crestas se levanten por encima de nosotros, ¿por dónde se va a llegar hasta el enemigo? Con armas o sin ellas, valientes o cobardes, todos por igual estamos atrapados y vencidos; el enemigo ni siquiera nos va a presentar el hierro que nos permitiría morir dignamente; sin moverse dará fin a la guerra» (3, 3) (*quo aut qua eamus? num montes moliri sede sua paramus? dum haec imminebunt iuga, qua tu ad hostem uenies? armati, inermes, fortes, ignaui, pariter*

sobre espíritus inertes, que la noche por tanto ya ha caído sobre el alma y el destino romanos, que en aquélla sólo brilla la luz de la desesperación.

4. Venganza y política

¿Y los samnitas, cómo reaccionan ellos al comprobar que la soberbia romana, cuyos límites apenas ayer confinaban con el infinito, se arrastra hoy toda bajo sus pies? Jactarse ante tan poderoso enemigo caído es lo más natural, y por ello es lo primero que hacen. Pero muy pronto perciben que marcar el destino de un poder tan destructor que hasta infunde temor destruir, no es algo tan sencillo pese a depender de su voluntad. De ahí que reclamen consejo a la más afamada *auctoritas* de la comunidad, el padre de Poncio, quien da uno sorprendente y otro, al desatenderse el primero, más sorprendente aún: su contrario. «Dejarlos salir [a los romanos] de allí a todos cuanto antes sin hacerles daño», es su primera opinión. «Darles muerte a todos sin dejar uno» es la siguiente, aunque prefiere la primera. El desconcierto producido entre los suyos por ambas respuestas acaba cuando emite las razones de sus propuestas. Explica Livio: «en su primera respuesta, que consideraba la mejor, aseguraba para siempre la paz y la amistad con un pueblo muy poderoso por medio de un buen gesto de gran alcance; con la segunda propuesta aplazaba la guerra por muchas generaciones durante las cuales la pérdida de dos ejércitos sería reparada con dificultad por el poderío romano»¹¹.

«Una tercera vía no la había», sentencia¹². Por eso, cuando insatisfechos con ambas respuestas se le pregunta por una medida que combine la liberación con la humillación (resultante de aplicar «las leyes que el derecho de guerra impone a los vencidos»), su respuesta es contundente: es la peor de todas, porque no os los ganareis como amigos más sí como enemigos que un día u otro, rumiando su venganza, os devolverán el golpe con mayor violencia aún. Sería sin embargo la solución adoptada y el tiempo daría la razón a la *auctoritas* en lugar de a la *potentia*, porque la ejecución por parte de Roma de lo que venía rumiando desde que se inició la liberación de sus legiones no era a fin de cuentas sino la devolución a los samnitas de la venganza que habían fingido ocultar con su humillación.

Poncio, cabría decir, no pudo aprender de César lo que Livio sí demostraría haber aprendido de Salustio, a saber: que pensar las consecuencias forma o debería formar parte del corazón de la política, y que con frecuencia ello condena a quien tiene la razón de su parte a *olvidar* la ofensa recibida, a *perdonar* unilateralmente el delito sufrido, en aras de la solución definitiva del conflicto, es decir, de la paz. Tal es el humillante peaje que en todo el ámbito de la política la fuerza hace pagar a la justicia, o si se prefiere, tal es la exigencia que la política impone a la justicia para dar solución a los conflictos que necesariamente surgen en su ámbito. La moral sale herida del proceso pero las generaciones venideras ganan paz al forzar al justiciero a renunciar a su venganza para obtener justicia.

5. Impotencia y honor

omnes capti atque uicti sumus; ne ferrum quidem ad bene moriendum oblaturus est hostis; sedens bellum conficiet).

¹¹ 3, 10 (*priore se consilio, quod optimum duceret, cum potentissimo populo per ingens beneficium perpetuam firmare pacem amicitiamque; altero consilio in multas aetates, quibus amissis duobus exercitibus haud facile receptura uires Romana res esset, bellum differre).*

¹² 3, 11 (*tertium nullum consilium esse).*

Volvamos a la situación que ha generado las reacciones analizadas en las dos secciones precedentes. ¿Cómo es posible defender el honor, proteger la dignidad, cuando se les ha privado de los medios para la acción, es decir, del medio con que realizar dichos fines? La cuestión, según lo antevisto, dependería de la voluntad de los samnitas, puesto que a los romanos ni siquiera quedaba la libertad de morir, sino la *pasión* –el acto *pasivo*– de dejarse matar. Empero, la iniciativa correspondió a los romanos.

Los acabamos de dejar tras escrutar el frenesí de la impotencia, ese deambular sucesivo de su corazón y su espíritu entre dos formas de parálisis, el del estupor y el de la igualación reductiva. Cuando poco después reaccionan, son dos los propósitos que los animan aun sabiéndose «vencidos por la necesidad (*uicti necessitate*)»: el de concertar una «paz justa (*pacem aequam*)» o el de provocar al enemigo al combate, al objeto de ganarse al menos la libertad de morir aludida¹³. La impotencia, por tanto, se ha diluido, pero al frenesí lo veremos campar de nuevo por sus respetos, ahora bajo la agónica forma de humillación.

En efecto, Poncio corta en seco sus alas ante ese renovado despliegue de soberbia inherente a su intento de negociar con el vencedor: aquella, confirma, les veta reconocer incluso su actual condición. Soberbia, además, que le brinda la ocasión de enmascarar la venganza proyectada contra el enemigo, según vimos, y presentarse como adalid de la justicia dictando para ella el castigo justo: hacer pasar a los soberbios, casi desnudos y desarmados, bajo el yugo. Un castigo psicológica y moralmente más severo que la propia muerte y que hunde a los convictos en el abatimiento más letal¹⁴.

La reacción romana queda plasmada inicialmente en el discurso del legado Lucio Léntulo, y luego por la asunción de su propuesta por el ejército al completo. Discurso en verdad desgarrador como pocos, lo es ante todo por las metamorfosis en los valores que plantea, lo cual hace de él un documento decisivo en la historia de Roma que es también un hito para la cultura occidental; en él asistimos al cambio de la gloria por la vida, al replanteamiento de las relaciones entre la patria y el patriota, es decir, a la redefinición del amor a la patria, a la escisión entre la *madre* Roma y las *criaturas* romanas, así como a la sustitución del heroísmo por la humillación. Recorrido ese de un dramatismo sin igual y que se inicia ya con un gran desgarrar: la supresión de la invocación a los antepasados como acabado modelo moral de referencia.

Aquí toma inicio el discurso, y Léntulo recuerda cómo su padre fue el solo en oponerse en el Capitolio a comprar la salvación de Roma con oro a los galos en tanto quedara algún resquicio a la posibilidad de recuperarla por las armas¹⁵. Entonces lo había, mas en la situación presente esa posibilidad ha sido sellada a cal y canto, por lo que la oportunidad de la batalla, y con ella lo hermoso de morir por la patria¹⁶, se ha perdido. Y donde sólo cabe morir por la patria, pero sin matar por ella, es decir, si entrar en combate, el lirismo de aquella *hermosura* y hasta la naturaleza de la propia muerte han quedado arrumbadas ante las circunstancias.

Lo dramático es que en relación con su dignidad a los romanos, privados como están del deseo de luchar, sí cabe en cambio la posibilidad de elegir. Aunque dependientes de la voluntad ajena, entre dos grados del mal –sobrevivir o morir– pueden elegir el menor, y la segunda opción habría resultado la única considerada si las armas hubieran sido el juez. Ahora bien, si morir por la patria resulta hermoso cuando la muerte del patriota se sublima en la gloria alcanzada por la patria, ¿qué elegir si la muerte de aquél acarrea asimismo la muerte de la patria? Era la cuestión terrible a la que las legiones romanas se

¹³ 4, 1-2.

¹⁴ 4, 6.

¹⁵ Cf. V, 4-8.

¹⁶ 4, 10.

tenían que enfrentar, pues como Léntulo clamaba ante su auditorio «yo veo a la patria aquí»¹⁷, y si esa patria armada parece qué será esa patria desarmada que queda en Roma y qué será de ella? Las casas, las murallas, la multitud de viejos, mujeres y niños que sin amparo permanecen en su interior, es decir, la muerte segura. Esa es la terrible escena moral a la que los romanos asisten con las palabras de Léntulo ante sus ojos. Si el sentido, además de la *belleza*, de morir por la patria es hacerla más fuerte y encumbrada, ¿qué sentido hay en hacerla desaparecer con la propia muerte? Por otro lado, elegir la opción que no se quiere elegir, como es la de seguir vivos, ya no es vivir puesto que se trata de una vida que ha dependido *fundacionalmente* de otra voluntad, la del enemigo: es, desde un punto de vista moral, solo *sobrevivir*.

Elegir esta vida de segunda mano deshecha por la humillación es la opción que Léntulo propone a unos soldados que no quieren dar crédito a lo que oyen. Sabe el orador, y lo saben quienes lo escuchan, que ello ha significado rendirse previamente: y que «la rendición es vergonzosa e ignominiosa» para un romano; mas el orador sabe igualmente que sin ese vivir de prestado ellos no habrá *vida* mañana para Roma: no habrá vida, y mucho menos gloria, porque ni siquiera habrá supervivencia. Es en tal contexto, a fin de persuadir a sus conciudadanos, donde matiza hasta la redefinición el concepto de amor a la patria, en palabras que al leerlas nos parece oír el ruido que hace el corazón romano al romperse mientras las escuchaban: «Pues en esto consiste el amor a la patria: en salvarla tanto a costa de nuestra ignominia como de nuestra muerte si es necesario»¹⁸. La ignominia ha devenido merced al nuevo contexto tan *heroica* como la propia muerte ofrecida votivamente a la hora de salvar a la patria, un medio tan *bueno* a tal fin como ella; por ello, en lo sucesivo, quienes con tanta claridad dividen las pasiones de la razón como el bien del mal, aunque no vinculen mecánicamente éste a aquéllas y el bien a la razón –aun si es esa la inercia de su pensamiento, una ley sin excepciones apenas–, cuando visiten el panteón de los conceptos morales habrán de rendir tensa pleitesía al nuevo huésped, en cuya sonrisa sardónica quizá alcancen a ver la huella de su maniqueísmo intelectual y su dogmatismo religioso. Por lo demás, no es que este otro amor a la patria se desentienda y cancele al anterior; la muerte voluntaria por ella seguirá siendo la regla y la ignominia la excepción; pero ya sabemos que aquélla no podrá siempre existir al margen de ésta, pues cuando la libertad de morir perezca será la ignominia quien la haga renacer. De ahí la admonición final de Léntulo: «Adelante, cónsules, rescatad con armas la ciudad que nuestros mayores rescataron con oro»¹⁹. Las armas podrán recuperar un día su cualidad de medios del honor y de la dignidad y desfilar por Roma en olor de triunfo, pero no olvidarán ya el precio al que la ignominia las rescató, humilladas, de la rendición.

6. Vivir la humillación

La gloria del triunfo Roma la vivirá mañana, ciertamente. Pero la humillación de sus soldados que la posibilita tiene lugar hoy. Cómo crear entonces el lapso temporal que vinculará ambas fases del tiempo. Es decir, ¿cómo puede el fiero guerrero que enarbola su honor en la punta de su espada sobrevivir a la humillación? El lector se topará con

¹⁷ 4, 11 (*hic patriam uideo*). Recuérdese que allí estaban presentes todas las legiones romanas.

¹⁸ Y prosigue: «Asumamos, pues, esta humillación, por grande que sea, y pleguémonos ante la fuerza del destino [*necessitati*], con la cual ni siquiera los dioses pueden» (4, 15-16) (*Sed ea caritas patriae est ut tam ignominia eam quam morte nostra, si opus sit, seruemus. Subeatur ergo ista, quantacumque est, indignitas et pareatur necessitati, quam ne di quidem superant*).

¹⁹ *Ibidem* (*Ite, consules, redimite armis ciuitatem, quam auro maiores uestri redemerunt*).

escenas que reproducen el intenso dramatismo exhibido, protagonizadas tanto por los legionarios romanos como por aliados y conciudadanos entonces en Roma.

Livio se esfuerza por precisar que no hubo «tratado», sino un «compromiso solemne», entre los cónsules y Poncio. La razón se verá más tarde, cuando se exponga la actitud de los mismos y se aduzcan sus argumentos como causa justificativa del comportamiento de Roma. De momento, sin embargo, volvamos donde estábamos, en el preludio del paso bajo las horcas.

La desolación no había muerto con las iniciativas y la dificultad de asimilar la situación presente se manifestaba en las apariciones esporádicas de deseos de castigo para los *cobardes* que habían conducido a ella, en venganza por el oprobio que estaban a punto de sufrir. Los mismos que no podían morir con honor y que debían, viviendo con deshonor, salvar la patria clamaban contra aquellos que le habían dado la posibilidad de hacerlo. El corazón no permitía pues a la razón extenderse en matices. También se miraban entre sí y a las armas, la base física de su poder que pronto aumentaría el poder de otros, y hasta se topaban merced a su imaginación con el yugo bajo el que debían pasar aumentado por el oprobio de la insolencia y las burlas de los enemigos. Pero en pleno trance, enseña Livio, la realidad del mal supera a menudo a su imaginación, y pronto comprobarían que ese embrollado nudo en el que se mezclaban sin apenas diferenciarse imprudencia, culpabilidad, orgullo, valor, tribulación, etc., se resolvería casi por ensalmo apenas iniciara el paso real de las tropas bajo el yugo, y cuánto la tristeza distaba de haber alcanzado su agonía.

Las palabras con las que Livio describe dicha escena dejan traslucir claramente la montaña de sufrimiento que había irrumpido en el corazón, especialmente cuando a la ignominia se une la burla: cuando, pasando bajo el yugo, al espectáculo que examinaba solitaria la conciencia de cada uno se suma la algarabía conformada por las mofas de los enemigos. El orgullo hundido más allá de lo soportable rompe por fuerza las fronteras que separan la cordura de la locura en un individuo y con ellas su humanidad. Vivir se vuelve por momentos un azar a la deriva y el mundo un lugar desconocido. Quizá por eso cuando ya han salido del desfiladero, observa Livio, «tenían la misma impresión que si se les hubiese sacado de los infiernos», se sienten perdidos al llegar donde residen los objetos que les son familiares, y esa extrañeza multiplica su agonía al identificar en las sombras que contemplan los restos de ellos mismos, al reconocerse en medio de esa nada: y es que «al ver la luz entonces por primera vez», «la propia luz que les permitía ver el lastimoso estado de su ejército, resultó más triste que cualquier clase de muerte». *Roma*, por un momento, había dejado de existir²⁰. Por lo demás, toda esta desgarradora escena se había iniciado con un episodio de ternura en sí sobrecogedor: los primeros, en claro mensaje simbólico respecto del poder y la autoridad de Roma, en ser desnudados para pasar bajo el yugo fueron los cónsules, y la visión de esos individuos degradados produjo tan honda congoja que hubieron de apartar la vista de ellos. Pero no sólo: la compasión abrió una sima tan profunda en el corazón de sus soldados que precipitó hasta ella la conciencia de su situación presente²¹. ¿A qué grado no puede llegar la humillación como

²⁰ Damos el entero párrafo sin descomponer: *Ita traducti sub iugum et quod paene grauius erat per hostium oculos, cum e saltu euasissent, etsi uelut ab inferis extracti tum primum lucem aspiceret uisi sunt, tamen ipsa lux ita deforme intuentibus agmen omni morte tristior fuit* (6, 3).

²¹ Dice Livio: «A continuación se ordenó a los lictores dejar a los cónsules; ellos fueron despojados de los capotes, y esto provocó un sentimiento de lástima tan hondo en quienes poco antes entre imprecaciones habían propuesto entregarlos y someterlos a tortura, que olvidándose cada uno de su propia situación, apartaban la vista de aquella degradación de tan alta majestad como de un espectáculo horrendo» (5, 13-14) (*Tum a consulibus abire lictores iussi paludamentaue detracta; tantam <id> inter eos qui paulo ante [eos] execrantes dedendos lacerandosque censuerant miserationem fecit, ut suae quisque conditionis oblitus ab illa deformatione tantae maiestatis uelut ab nefando spectaculo auerteret oculos*).

para, ahondando en la propia humillación, lograr despertar energías morales altruistas en individuos ya postrados por ella?

La devolución de la vida a Roma empieza con sus aliados. Mientras a ellos la vergüenza los sumerge en el abatimiento más extremo, al punto de ocultarse antes que recibir la ayuda que su necesidad imploraba, es decir, a percibirse como seres dignos de un trato bestial, la reacción de los capuanos torna a humanizarlos. De nuevo, el psicólogo y el moralista geniales que anidan en el historiador llevan a Livio a descubrirnos el arco iris de la vida y la dignidad subyacente al corazón humano, el mismo albergue que goza de todas las crueldades concebibles y por concebir; las noticias han llegado a la ciudad campana y de pronto un relámpago de solidaridad ilumina el corazón de sus habitantes hasta el punto no sólo de superar sus prejuicios, sino incluso de ir más allá hasta limar las estrías de su carácter: «la justa compasión por los aliados prevaleció sobre la *altivez innata* de los campanos»²², sentencia Livio, o si se prefiere: de, mediante la compasión, silenciar por el momento con el altruismo su propia naturaleza. Es decir, una vez más, ante ese sufrimiento extremo que pone al descubierto el cadáver de la dignidad humana el hombre es capaz de desandar el camino de la violencia hasta la raíz misma de lo humano para potenciar allí una especie de vínculo casi físico de solidaridad elemental que hace posible la preservación de la especie. La preservación de ese ser contradictorio que parece amar hasta la locura el causar sufrimiento y temerse hasta la desesperación ante semejante conato, al punto de intentar paliar sus consecuencias. Ante un mal que no les concierne los habitantes de Capua reaccionan con la suficiente *humanidad* como para trocar su «altivez» constitutiva por un altruismo heroico²³, en apariencia contrario a la neutralidad moral o a la simpatía *animal* que el hecho debería despertar en aliados supuestamente indiferentes.

La segunda bocanada de oxígeno que devuelve Roma a la existencia proviene de sus propios conciudadanos. Las noticias ya se conocían y la reacción romana es acorde a su orgullo: desde lejos, el compromiso que liberaba a sus soldados de la muerte, y también a ellos aunque quizá no habían tenido tiempo aún de aprenderlo, sólo puede ser una «paz ignominiosa (*ignominiosae pacis*)», y frente ella el orgullo enrojece de vergüenza hasta perder la cordura y hundirse en el abatimiento ante la *antigesta* por excelencia más indigna quizá de toda su historia: el golpe que en un santiamén arrancaba de sus sienes la corona de gloria que ceñía su cabeza. De ahí la licencia de las tropas auxiliares, el luto público, el cierre de las tiendas del foro, el cese de toda actividad pública en él, etc. Desde lejos, el orgullo puede permitirse el lujo de llegar hasta el apogeo de la postración ante el deshonor experimentado, perder todo rastro de calma y de racionalidad y hundirse con naturalidad extrema en abismos previstos e insospechados: la «irritación... contra los generales y los instigadores y los garantes de la paz», en el primer caso; lo inaudito en el segundo, la demostración palpable de la artificiosidad y la desfachatez con la que los pueblos urden los mitos con los que nutre su vanidad y la imagen de sí: en el segundo caso, en efecto, el pueblo romano enconó su ira hasta convertirla en «odio contra los soldados, que eran inocentes»²⁴, hasta el extremo de que se les quería impedir el retorno a la ciudad. Lejos de las fuentes del sufrimiento la pompa aspira a un pedigrí heroico, pero hasta en el lamento más quejumbroso que sale de su alma no puede evitar que resuene un eco de amaneramiento en su voz.

²² 6, 5 (*euicit miseratio iusta sociorum superbiam ingenitam Campanis*) [cursivas nuestras].

²³ Véase 6, 6-9.

²⁴ 7, 8-9. Damos íntegro el párrafo reducido y descompuesto más arriba por nosotros: *nec ducibus solum atque auctoribus sponsoribusque pacis irasci sed innocios etiam milites odisse et negare urbe tectisue accipiendos.*

Empero, añade Livio, todo cambió cuando avistaron a los fantasmas que ahora llegaban a la ciudad: la compasión, también aquí, adquirió más poder que el peor de los venenos que el orgullo habría segregado y devino el antídoto más eficaz contra el propio mal. Las ruinas humanas que pasaban delante de ellos quedaron de inmediato humanizadas ante sus ojos, y el efecto igualmente inmediato fue su propia humanización. Mejoraron, pues, más de lo que lo hicieron los habitantes de Capua con su trato, pero también habían sido peores en su reacción y en su constitución: más orgullosos que aquellos altivos eran también más vanos, y su vacuidad amortizó los vínculos consanguíneos que los unían a los soldados; necesitaron *ver* el mal para experimentar idéntico nivel de compasión que los campanos sintieron con sólo *oír* de él, demostrando que la humanidad no requiere necesariamente del auxilio de la sangre; y los efectos de la compasión fueron asimismo superiores sin parangón en el caso de los capuanos que en el de los romanos, pues de éstos mutó los prejuicios mientras de aquéllos arrastró consigo algunos rasgos del carácter, como el señalado de la altanería.

7. La acción bajo el dolor o el poder de la voluntad

En medio de la desesperación, ¿hay lugar para la esperanza? Cuando el abatimiento ha rendido sea la vorágine perfecta creada por la impotencia en el pecho del soldado que el frenesí con el que su mente andaba a la búsqueda de salidas selladas de antemano por las circunstancias, ¿se han extinguido en el espíritu humano todas las semillas de la vida? La necesidad ha forzado al ejército romano a sobrevivir a expensas del honor, pero incluso avergonzada por la ignominia su nueva existencia había encontrado una razón para desafiar a la muerte heroica: Roma perviviría. Y esa razón rebasaba de lejos el simple deseo de sobrevivir ellos: la nueva forma de patriotismo que implicaba creaba un nuevo imperativo en su moral y les exigía un sacrificio desconocido para acatarla. Aunque la humillación y la consiguiente postración parecían haberlos borrado de su destino, su misma supervivencia les recordaba insistentemente que el fin por el que habían asumido la afrenta debía cumplirse. Y es aquí donde aparece la primera respuesta a las preguntas planteadas más arriba.

Ya Herennio Poncio había advertido a los suyos que «el pueblo romano es de una forma de ser que, vencido, no sabe quedarse quieto», y que no parará hasta hacer «pagar el castigo» al enemigo²⁵. La actitud de los cónsules negándose a estipular un tratado con los vencedores es muy probablemente el primer indicio táctico de esa estrategia. Apelando a la legalidad romana²⁶ el deseo del jefe samnita se ve reducido a simple «promesa solemne (*per sponsionem*)» y las diferencias las experimentará en persona no mucho después. En su irreprochable sentido jurídico, en su exquisita *verdad*, poco espacio había para advertir el germen de la añagaza en la que se sostenía la decisión de los cónsules.

Por otro lado, que las apariencias engañan se sabe desde siempre y que uno de los modos preferidos por ellas para exhibir su poder es presentarse de una única forma para realidades por completo no ya distintas, sino incluso antitéticas. ¿A quién extrañaría que la banda de desharrapados cuyo honor había quedado reducido a los huesos y que con su proceder habían manchado la historia de la *Urbs* privándola de su gloria, careciera de fuerzas hasta para mirar a los ojos de sus benefactores capuanos en señal de gratitud?

²⁵ 3, 12 (*ea est Romana gens, quae uicta quiescere nesciat*).

²⁶ «que no permitía hacer un tratado sin el mandato del pueblo, ni sin feales y el resto del ceremonial solemne» (5, 1) (*Consules... negarunt iniussu populi foedus fieri posse nec sine fetialibus caerimoniaque alia sollemni*).

¿Quién se sentiría legitimado para añadir culpa a la ofensa cuando sólo verlos inundaba de compasión el ánimo, siendo como parecían la mancha viva de la humillación extendiéndose por la tierra? Los jóvenes nobles de Capua que habían acompañado a la columna hasta el confín campano contaban de una marcha «silenciosa y casi muda (*silens ac prope mutum*)», que los samnitas habían obtenido una amplia y duradera victoria sobre los romanos porque con las armas les habían arrebatado la moral (la «valentía y la fiera [virtutem ferocianque]» romanas, las dos gemas más distintivas de su carácter²⁷). Empero, ya en la asamblea donde se contaban estos hechos, un notable capuano, Aulo Calavio, dio otra interpretación de ellos: «aquel silencio obstinado, los ojos clavados en el suelo, los oídos sordos a todo consuelo, y los reparos en mirar de frente la luz eran indicio de que se agitaba un enorme cúmulo de ira en lo profundo de sus ánimos; y o bien él no conocía la manera de ser de los romanos, o aquel silencio iba a provocar en breve gemidos y gritos de llanto entre los samnitas (...)»²⁸. Así lo describe Livio.

El abatimiento que había conducido a la parálisis a las fuerzas y al ánimo romanos podría ser sólo, según Aulo Calavio, la falsa apariencia que velaba la tormenta desatada en lo más hondo del corazón de los soldados mientras regresaban a sus hogares. Quizá fuera demasiado pronto aún como para descubrir en los signos engañosos del silencio y de la impotencia de ojos y oídos las formas en las que aquéllos preparaban el castigo. Más bien consideramos que, aun si cabe observar el brillo de la llama de la astucia en el escrúpulo del respeto a la legalidad por parte de los cónsules, y con ella encenderse la venganza en su pecho, el abatimiento por la humillación, conforme lo va exponiendo Livio, no constituya el expediente con el que el espíritu de los soldados astutamente cele el ir rumiando su venganza. Con todo y con eso, lo que sí nos parece claro es que la astucia y la venganza constituyen dos formas de rebeldía con las que el espíritu romano desafía el poder de esos dos abogados de la necesidad que son las circunstancias y el destino, que lo querían *mortal* sin más a pesar de su historia, ignorar ambos de que el genuino destino del hombre es su voluntad. Y en este sentido nos parece igual de claro que astucia y venganza se yerguen, ya en pleno apogeo de la impotencia, como dos formas tan sublimes cuanto inauditas de esperanza.

8. La reconstrucción del honor

Pasar bajo el yugo había arrebatado el honor tanto a las tropas como a Roma. Para la entera ciudad el hecho significaba su conversión en cadáver viviente, máxime cuando el desarrollo de los hechos, conforme a derecho²⁹, anulaba toda posibilidad de redención. La mancha de la ignominia sustituiría en lo sucesivo en el alma romana la gloria con la que hasta entonces, con breves interrupciones, había sellado en sus mentes su paso por la historia.

¿Sería posible entonces aspirar nuevamente a la gloria y legítimo devolvérsela? ¿Sería factible lograrlo valiéndose de un medio que no fuera la fuerza? El abatimiento de Roma no la dejaba sentir siquiera el deseo, quizá porque ni le consentía concebir la pregunta.

²⁷ 6, 11-13.

²⁸ 7, 1-4 (*silentium illud obstinatum fixosque in terram oculos et surdas ad omnia solacia aures et pudorem intuentiae lucis ingentem molem irarum ex alto animo cientis indicia esse; aut Romana se ignorare ingenia aut silentium illud Samnitibus flebiles breui clamores gemitusque excitaturum...*).

²⁹ También conforme a los preceptos religiosos, por supuesto, puesto que los dioses aparecían como garantes del compromiso contraído entre samnitas y romanos. Pero de la tutela divina es en estos casos mucho más fácil liberarse que de la regla humana, como vemos cuando Postumio quiere exonerar a Roma de la promesa hecha a los samnitas y ahorra el trabajo a los dioses incluso de molestarlos, ya que ellos hasta les ahorra el trabajo de fijarle un castigo ya que se lo auto-prescribe él... (8, 8).

Salvo por una excepción: la del ex cónsul Espurio Postumio. Cuando, ya las legiones en Roma, la ciudad afronta la embarazosa situación creada tras el compromiso de paz firmado por los cónsules que dirigían a las legiones humilladas en Caudio, aquél toma la palabra con el claro objetivo de sacar a la *Urbs* de su postración. Sus tesis son sencillas, pero su argumentación es vibrante, y de una densidad moral y un calado político que aún hoy *escuchar* sus palabras produce una emoción pareja a la admiración. Es verdad que contrajo un compromiso de paz con los samnitas y es verdad que invocó a los dioses para su protección. Pero también lo es que dicho compromiso fue una *promesa*, en absoluto un *tratado*. Y las consecuencias, éticas y jurídicas, ante semejante diferencia son de tal índole que altera por completo el carácter y las consecuencias de los hechos. Siendo la promesa un hecho estrictamente personal Roma no tenía por qué quedar atada por un compromiso en el que, ni para su instrucción ni para su ratificación, había intervenido, y esa liberación significaba que se hallaba en condiciones para «reemprender de nuevo una guerra justa y santa»³⁰.

La crítica de sus conclusiones por parte de los tribunos de la plebe resulta propicia tanto a la ratificación de las mismas cuanto a la afirmación del principio en que se basa, en virtud del cual el derecho ocupa un papel estelar en el mundo humano y éste, equiparado al divino, se revela justo por ello superior: «yo no pongo en tela de juicio, senadores, que las promesas solemnes son tan sagradas como los tratados para aquéllos que respetan la lealtad humana al mismo nivel que la religión de los dioses». Y añade: «pero sin un mandato del pueblo sostengo que no se puede sancionar nada que obligue al pueblo»³¹.

Como la promesa tiene para él idéntico *status* moral que el tratado, quien la ha contraído debe cumplirla, y si no lo hace merece sanción. Pero aunque moralmente iguales promesa y tratado, jurídicamente no lo son, ya que los procedimientos que las fundan no son los mismos. Para una promesa basta una voluntad libre, sin que nada prive a la promesa de su carácter vinculante, ni siquiera «la atrocidad de lo prometido»³²; para un tratado, en cambio, se requiere que la voluntad libre que basta sea la del pueblo³³. Los requisitos formales entre una y otro son tan distintos que de nada vale –ya sea para quien profese la creencia de la igualdad ontológica desde un punto de vista moral entre ambos, o bien dé fe de un sentimiento del honor intachable– el reproche de haber prometido algo indebido o el haberse atribuido competencias impropias al prometer, porque el pueblo continúa así sin participar en el acto, lo que le desvincula por completo de él, y porque, además, resultan fácilmente explicables en circunstancias excepcionales, como era el caso, donde «no se hizo nada, senadores, con criterios humanos»³⁴ (un «nada», por cierto, que afecta asimismo a los generales samnitas, lo que ratificará aún más, como se verá, la tesis de Postumio).

La conclusión es meridiana. Postumio hizo una promesa para la que sí estaba facultado, pero prometiendo algo para lo que no lo estaba. La promesa, por tanto, materialmente ha quedado sin ejecutar, y por ello él pide sin defensa que se le entregue al enemigo sin dilación como castigo, sea éste el que fuere. Pero Roma, que pagó su cuota de gloria con la humillación de sus legiones, no tiene por qué pagar un precio jurídico humillante por lo que no pactó: y lo *humillante*, aquí, no es hacer la paz, sino cumplir un

³⁰ 8, 6 (*iustum piunque de integro ineatur bellum*).

³¹ 9, 4 (*neque ego infitias eo, patres conscripti, tam sponsiones quam foedera sancta esse apud eos homines apud quos iuxta diuinis religiones fides humana colitur; sed iniussu populi nego quicquam sanciri posse quod populum tenea*).

³² Dice Livio: *Atqui non indignitas rerum sponsionis uinculum leuat* (9, 7).

³³ Ya sea directamente o bien, como es lógico, a través de un mandato a quien trata por él.

³⁴ 9, 10 (*Nihil ad Caudium, patres conscripti, humanis consiliis gestum est*).

tratado al que no se había comprometido: «En efecto, senadores, ¿qué se trató con vosotros, qué se trató con el pueblo romano? ¿Quién os puede pedir cuentas, quién puede decirse engañado por vosotros? ¿Un enemigo? ¿Un compatriota? Al enemigo no le hicisteis promesa alguna, a ningún compatriota le disteis mandato para hacer una promesa en vuestro nombre»³⁵.

La lección de dignidad personal –acepta el compromiso de la promesa pese a poderlo disolver si leído como obra maestra de astucia política– de Postumio es asimismo una lección jurídica que en medio de la vorágine de la psique romana en esa situación parecía haberse olvidado, pero que una vez reaprendida devuelve el honor a Roma. El ciudadano dispuesto a dar la vida por la patria ha recuperado también la libertad de darla, aquella capacidad para la acción perdida cuando yacían atrapados por la naturaleza a merced del enemigo; y recuperándola ha devuelto su honor a la misma pese a haber mancillado su gloria. Y ahora que la ciudad ha perdido su vergüenza y recuperado también ella su libertad para la acción se apresta a hacerla sentir en todo su peso al enemigo que quiso imponerle una paz forzada, esto es, humillarla; y de ahí que todos pongan sus ojos en el medio con el que ejecutar su deseo: «en las armas y en la guerra (*arma cuncti spectant et bellum*)»³⁶.

Reconstruir el honor, por tanto, implica haber restablecido el derecho a una *guerra justa* –par al menos a la deseada por Poncio al comienzo del episodio sobre el que venimos reflexionando–, en contra de una paz violenta y humillante. Gracias al hombre que se ofrece voluntariamente a la violencia del enemigo «como víctima expiatoria por el pueblo romano»³⁷ todos hemos tenido la oportunidad de aprender que tampoco la paz, como ningún otro objetivo, constituye un fin al que los humanos debemos acceder por cualquier medio.

9. Dignidad y política

La estricta aplicación del derecho, su diferenciación inmanente respecto de la ética y de la religión, había coadyuvado a la reconstrucción de su honor por parte de Roma. No se trataba de un expediente forzado por el nostálgico deseo de recuperar la vieja gloria, puesto que la humillación sólo desaparecería con su olvido mas no con su negación, ni ideado por un miedo fantasmal a desaparecer como pueblo, que ni siquiera había tenido tiempo aún de manifestarse. Cuando Postumio da cuenta de su *exceso* competencial al prometer una paz que no le correspondía la atribuye, recuérdese, a que en aquella circunstancia «nada» se llevó a cabo mediante decisiones y actos racionales. Y *nada* abarcaba igualmente al bando samnita, que en lugar de aceptar sustancialmente una paz que su subyugado no podía ofrecer debería haber acudido a una Roma humillada a arrancarla de sus órganos legítimos. No lo hizo y perdió la ocasión dar forma a un contexto hecho a su imagen y semejanza, de forjar una paz a medida de sus intereses.

³⁵ Y concluye: «Por consiguiente, nada hay que os obligue en relación con nosotros, a los que no disteis ningún mandato, ni en relación con los samnitas, con los que nada tratasteis» (9, 16-17) (*Quid enim uobiscum, patres conscripti, quid cum populo Romano actum est? quis uos appellare potest, quis se a uobis dicere deceptum? hostis an ciuis? hosti nihil spondidistis, ciuem neminem spondere pro uobis iussistis. Nihil ergo uobis nec nobiscum est quibus nihil mandastis, nec cum Samnitibus cum quibus nihil egistis*).

³⁶ 10, 5. Añadamos que lo que hace que el hombre que da su vida por una causa a la que valora más que a aquélla sea un hombre digno en lugar de un fanático se debe a que es consciente de haber contraído un compromiso que debe cumplir y que debe asumir el castigo si lo incumple; a que se ofrece públicamente a expiar dicho castigo, y a que no busca la destrucción sorpresiva de vidas enemigas al cumplirlo. En suma: el compromiso es un acto vinculante y él respeta voluntaria y pacíficamente el vínculo contraído.

³⁷ 10, 4 (... *piaculaque pro populo Romano dare*).

Empero, esa última explicación del porqué de la promesa por parte de Postumio apenas resulta convincente, porque fía al azar, a la decisión divina, lo que constituye una jugada maestra de la política, una maravilla del arte político inventada ex profeso por la razón. En una situación de desventaja absoluta de la que el ejército romano precisa salir vivo para que Roma también lo siga, y de la que no se puede salir indemne, Postumio idea un ardid para sacar al ejército de las Horcas aún más arrojado y sibilino que el del propio Poncio para meterlo en ellas, y aun cuando no pueda llevarse a cabo sin ignominia para la *Urbs* es él quien corre con la mayor parte del coste, al trasladar mediante su *injusta* promesa la obligación de la ciudad a su persona, o si se prefiere, al desvincular a Roma de toda obligación.

Postumio se sirve del contexto de la guerra, ya usado antaño por Poncio a su favor, en beneficio de los suyos. Al otorgar la guerra carta de ciudadanía a la astucia, y al ser el arte de engañar una de sus orfebrerías favoritas, la cuestión será invertir la situación merced a dicho arte, y por lo tanto en saber disimular en las palabras que preceden a los hechos las intenciones genuinamente subyacentes en ellos. La ocasión es la ideal, pues el bando por el momento vencedor aún padece los efectos de la conmoción de tener en su puño al ejército más poderoso del momento, al punto de no saber con exactitud qué quiere hacer con él: de hecho, no se ha atrevido a proceder a su extinción. Una treta bien urdida puede contar con el aliado inapreciable de las circunstancias, y en ese caso es cuestión de probar si haciendo una promesa que *pase* por tratado el enemigo demostrará lucidez o coraje suficientes como para evitar la trampa. El objetivo en verdad grandioso que unce a dicho expediente lo explica así: «y no era justo que la situación tuviese otra salida mas que el salir ellos [los samnitas] *ilusoriamente* burlados como en un *sueño más hermoso* de lo que podían pensar, y ser sacado del atolladero nuestro ejército por la *misma fortuna* que lo había metido en él; que una *victoria ilusoria* fuese anulada por una paz *aún más ilusoria*». Y remacha con la explicación del objetivo aludido: «que entrase en juego una *promesa que no obligaba a nadie más que a quien la hacía*»³⁸. Como se ve, ninguna confusión mental debida al azar divino o a alguna entelequia de la misma cuerda, sino todo un sesudo plan político elaborado con materiales acarreados de las circunstancias, la ética, el derecho, la psicología y, naturalmente, la suerte.

Por ello, cuando sellado ya el plan con el éxito escuchamos lamentarse a Poncio de la perfidia romana la queja, una vez pasado el resplandor que desata nuestras simpatías hacia los débiles llenos de valor, en parte nos parece una nota extraída a la retórica. El deseo de añadir venganza a la política había sido el error de Poncio, quien desairó a su padre inventando una *tercera vía* en su comportamiento hacia Roma inexistente para su progenitor: la de la paz con humillación; el carácter romano estaba hecho con unos ingredientes que no consentirían ni el olvido ni el perdón de la ignominia, y aunque implicaba una gran confianza implícita en el sentido del honor romano creer que una Roma con el ejército intacto refrenaría sus instintos ante unos signos escritos sobre un *papel*, debería haber fortalecido su confianza amparándose en la legalidad. Ese descuido sería su error y pronto se revelaría fatal.

Por eso, insistimos, cuando se lamenta de la solución arbitrada finalmente por Roma y rechaza con vehemencia las nuevas disposiciones adoptadas por ella; cuando, en consecuencia, rebusca en el pasado y encuentra en el fraude una seña de identidad de Roma, en cuanto que inventado durante la monarquía sobrevivió a su final; y cuando, para concluir, le recrimina envolver el fraude con la apariencia de derecho; cuando hace

³⁸ 9, 14-15 (cursivas nuestras) [*nec fas fuit alium rerum exitum esse quam ut illi uelut somnio laetiore quam quod mentes eorum capere possent nequiquam eluderentur, et nostrum exercitum eadem quae impederat fortuna expediret, uanam uictoriam uanior inritam faceret pax, sponsio interponeretur quae neminem praeter sponsorem obligaret*].

todo ello para, a partir de ahí, resaltar el menosprecio de eso que los romanos llaman enfáticamente derecho de gentes y que en sus manos degenera en truco de ilusionista experto con el que engañar a incautos, una línea de conducta históricamente probada que adoba aquí con la *chiquillada* de Postumio³⁹, Poncio deviene igualmente un prestidigitador que al intercambiar moral y derecho juzga los hechos políticos que debe dirimir éste con los criterios de aquélla. Y si en este caso obtener la reprobación es fácil, replanteados los asuntos en términos jurídicos la valoración se altera, y lo que aparecía como inmoral en un caso aparece como legal en otro. Él mismo se había valido en su momento del rasgo inmanente a los seres humanos de la equivocidad de las intenciones en relación con los hechos en los que se manifiestan para encubrir su deseo de venganza con la apariencia de la justicia. De ahí que con una cierta dosis de prudencia su afirmación de que los romanos «siempre envolvéis el fraude con alguna apariencia de derecho»⁴⁰ habría quedado matizada. Y matizada la convicción, la prudencia habría acto seguido refrenado quizá la acción.

La reconstrucción de su dignidad permitirá a Roma continuar haciendo política, una actividad que no puede realizarse sujeta a compromisos extraídos con ventaja por terceros en una situación por completo desfavorable. Poncio podrá maldecirla por no respetar las reglas de juego entre los pueblos, pero en el fondo no es sino un trasunto de la maldición de su propia inoperancia. Roma responderá enseguida con una política en la que, a diferencia de la practicada por él mismo al *agraciar* a los romanos con la vida, no rinde homenaje «al placer de la venganza»⁴¹, aunque al ejercerla y poner en juego «el valor romano» no quede precisamente exenta de ella la violencia. Y en cuanto a su queja del fraude constitutivo de la política romana, Poncio debería haber tenido presente la diferencia que divide al derecho de la moral y que está en la base de la existencia misma de la política, así como de la peculiaridad de su existir. También aquí él mismo se había revelado un ducho experto en ella practicando el engaño y urdiendo con una elaborada orquestación de mentiras la trampa en la que caería finalmente el ejército romano con todo su poderío. Pero al final, como compendia Livio en un contexto ya distinto pero relacionado con el anterior, «[...] esto no son las Horcas ni Caudio ni desfiladeros sin salida *donde una artimaña había vencido con arrogancia a una equivocación*, sino el valor romano»⁴². Poncio no tenía ni razón ni derecho al quejarse de que el engaño romano acabara derrotando al suyo cuando nada lo hacía presagiar. Podría aprender entonces que la política no sabe ser sin la astucia, y que dada la equivocidad intrínseca a la relación entre las intenciones y *sus* hechos, la astucia se alza hasta el rango de lo sublime cuando logra engañar con la verdad.

³⁹ 10, 10. La *chiquillada*, empero, podría tener un lado mucho más serio y comprometedor, pues el haberse sentido obligado a hacerla podría fácilmente interpretarse como una prueba de la insuficiencia de los argumentos jurídicos sostenidos hasta el momento, o lo que es igual, darle la razón por adelantado a Poncio en lo que a continuación le oiremos decir; y, en última instancia, que Roma se habría liberado de la situación mediante un ardid ilegítimo. El problema es que si esto último fuera cierto ni Postumio ni Roma habrían tenido que mentir con el derecho (ni el propio Postumio conferir a su mentira un barniz moral aceptando el compromiso que implicaba), es decir, intentar legitimar jurídicamente un acto nudamente político.

⁴⁰ 11, 7. Citamos un párrafo más amplio del citado por nosotros porque nuevamente Poncio se asemeja a Calgaco en el reproche del incumplimiento sistemático por parte de Roma de sus compromisos y, por ende, de la proverbial deslealtad del pueblo romano frente a los enemigos: «[...] *Nunquamne causa defiet cur uicti pacto non stetis? obsides Porsinnae dedistis; furto eos subduxistis. Auro ciuitatem a Gallis redemistis; inter accipiendum aurum caesi sunt. Pacem nobiscum pepigistis ut legiones uobis captas restitueremus; eam pacem inritam facitis. Et semper aliquam fraudi speciem iuris imponitis*».

⁴¹ 14, 13 (*dulcedinem irae*).

⁴² 14, 10 (cursivas nuestras) [*non haec Furculus nec Caudium nec saltus inuios esse, ubi errorem fraus superbe uicisset, sed Romanam uirtutem*].

10. *Epílogo: la dignidad de la política*

Hemos intentado extraer las enseñanzas éticas y políticas del relato de Livio, no analizar su versión de los hechos ni la veracidad de los mismos. Y la conclusión a la que hemos llegado es que la *refundación* de la libertad en la acción exterior de Roma está lejos de apelar a mitologías unificadoras o a gestas legendarias para basarse en un supuesto vicio moral: la ignominia por la rendición. Una mancha esa que empañará para siempre parte de su gloria. Empero, a partir de un proceso de catarsis ética y política que abocará a la redefinición del mundo del patriotismo, y valiéndose de una deidad política tan eficaz como la astucia a la hora de replantear el compromiso con los vencedores en términos jurídicos, Roma terminará por reconstruir su honor y por transmitirlo a la política. Sean cuales fueren los hechos históricos, insistimos, el caso es que Livio recupera la dignidad de la acción política al reconocer como su fundamento básico el derecho y al rechazar el móvil de la venganza como criterio de sus relaciones con los enemigos. Con ello, entiéndase, la humillación no se cancela ni se olvida, ni en absoluto se garantiza el acatamiento de la norma jurídica o que el hijo pródigo de la venganza no regrese por la puerta trasera a la acción, y menos que la razón se alíe con ella en las decisiones que adopte; no se garantiza en suma que a la política se le ampute la violencia porque forma parte de su ser, siendo la astucia sólo la más elegante y respetable de todas. Pero sí se libera de su sujeción a una voluntad orientada según otros objetivos y al servicio de un interés ajeno. Roma, pues, recupera la libertad de acción exterior para su política al recuperar su dignidad, y con ella un derecho que asiste tanto a sujetos colectivos como individuales: el de ser libres también sea al errar que al cometer injusticia.